

Turismo insólito en las cumbres del Chirripó

Por Oscar Esquivel Garrote. Octubre 2017

“No por estar en lo más alto serás el más grande, si tú alma no ama el camino que te trajo desde la bajura.”

Para escalar el Cerro Chirripó, cumbre máxima de Costa Rica, y lugar de las aguas eternas, se debe empezar muy temprano, como si nos hubieran regalado un sol para estrenar. Un sol chiquitito, que se pueda acomodar plácidamente en alguna parte de nuestro bolsillo.

El camino será compartido con el canto del jilguero, el vuelo de quetzales y los trillos de las dantas. Por eso nuestras ansias de volar se convertirán en canciones, que llenarán de esperanza nuestro corazón y nuestro andar.

Poco a poco, paso a paso, bajo el bosque nuboso del robledal, nuestra alma se irá purificando, como cuando el agua en su ciclo natural, baja en forma de riachuelos blanquecinos, filtrados por los musgos del páramo y las rocas glaciares que cubren las cumbres del Chirripó.

Al llegar al páramo, en donde el hielo prehistórico dejó su huella y su testamento, veremos formas indelebles, en un paisaje atrevido y único, conformado por circos y lagos de altura de origen glaciar, que cuelgan de las laderas rocosas, que una vez emergieron del mar.

El páramo es un espacio abierto, con un cielo teñido de gotitas de azul egipcio con vetas de púrpura imperial extraído del múrice, cuyos matices y contrastes no puedes ni siquiera imaginar. Aquí los parajes son bellísimos, únicos y diferentes, siempre cargados de silencio y de frío. Los amaneceres y atardeceres se acompañan de un sol tan tibio, que nos llega a hacer falta cuando nos vamos a dormir.

Durante el día, en el páramo del Chirripó, los parajes danzan entre coreografías de nubes y giros de gavián colirrojo, en donde las crestas rocosas, los arrayanes y los bambúes enanos dibujan partituras silbantes, dirigidas por un viento fresco, armonioso e incesante. Por las noches, en el páramo del Valle de Los Conejos, el rocío forma una escarcha de luz tornasol, originada por pequeñísimas estrellas fugaces que se acurrucan entre sus grietas.

Si levantas la vista, verás el Cerro Chirripó, con su bandera invisible en lo alto, esperando al caminante tal y como lo hace una madre por sus hijos, regalándonos la paz, susurrándonos la historia de la alta montaña costarricense, vigilando tierras aún indómitas, en donde la evolución sigue su propio destino, y la mano del hombre nunca ha dejado su huella digital.

Al llegar al Cerro Chirripó, admiraras toda la Cordillera de Talamanca y el resto del país. A tus pies, como confesándose con la montaña, el eco trata de repetir el nombre del Valle de las Morenas y el Valle de Los Lagos, desde donde el río Chirripó, en dos direcciones opuestas, inicia su viaje hacia el mar, uno hacia norte y otro hacia el sur.

Este es el Cerro Chirripó, en la cima de mi mente, estará siempre presente en mi eterno caminar. Es el Cerro Chirripó en algún lugar del cielo, volveremos a encontrarnos para cantar esta canción...

“Para cuando vuelva al Chirripó, buscaré en mi bolsillo aquel sol diminuto que aun guardo para estrenar”